

Comentario de película / Film Review

Historia, cine y humor negro en *La muerte de Stalin*. Armando Iannucci; Reino Unido, 2017.

Por Igor Barrenetxea Marañón
(Universidad del País Vasco-EHU)

El cine, como señalaba hace unos años el insigne historiador francés Marc Ferro, padre de las relaciones de historia y cine, no solo es un mero objeto de entretenimiento y una fuente del saber sino, así mismo, una historia no oficial del pasado. Y aquí tenemos un vivo ejemplo de ello. *La muerte de Stalin*¹ es, sin duda, al margen de la polémica suscitada en Rusia, prohibida en los cines, una ácida sátira al momento en que se produce la muerte del dictador georgiano y cómo sus intrigantes colaboradores pasan a pugnar entre ellos por el poder. La película está muy lejos de ser una mirada caricaturesca, sino que presenta, de una forma clásica, lo que aparentemente es un retrato *realista* entremezclado con unas dosis de aguda y corrosiva ironía que, sin resultar carcajeante, acierta en tono y planteamiento, de principio a fin, de una forma soberbia. Desde el mismo arranque del filme, ya se nos pone un énfasis muy concreto en constituir una imagen de la época de Stalin con singular sarcasmo.

Comienza con un concierto retransmitido por radio Moscú. Entre bastidores el responsable recibe una llamada telefónica, y le piden que se ponga en contacto con Stalin. Aunque nos encontramos en el año 1953, el temor a las repre-

salias está muy presente. No se salva nadie. El hijo acusa al padre, los mismos políticos de la corte del zar rojo también están en esas listas, pronto lo veremos, tienen que medir muchos sus palabras, hasta pensar en qué han dicho adecuado o inadecuado ante el jefe que le ha podido provocar risa o bien una helada respuesta... mientras soportan su tremendo aburrimiento, viendo películas del oeste americanas, tan del gusto de Stalin.

Así, el gerente de radio Moscú se pone muy nervioso porque tiene que esperar 17 minutos *exactos* para volver a llamar. Y cuando lo hace le contesta directamente Stalin y escuetamente le pide la grabación del concierto. Como se ha grabado por la fuerza, deben retener al público, traer a nuevo público de la calle, porque parte se ha marchado, y a un director de orquesta, en pijama, porque el que tenían se ha quedado inconsciente, e incluso, se debe sobornar a la pianista, una disidente política.

El tono grave queda bien articulado con unas dosis de humor negro que desmenuza un mundo sometido a los dictados y caprichos de Stalin. Hasta que, absurdos de la historia, la pianista, cuyos padres han sido represaliados, logra introducir una nota en la copia de vinilo, crítica con su régimen, que cuando la lee, más tarde, Stalin en su dacha, le produce tal ataque de risa que le da un síncope y se desploma. A partir de ahí, la camarilla de Stalin se encuentra ante una realidad inesperada.

El buen ritmo del filme no se detiene, está muy bien trenzado, la sorna, un lenguaje chabacano y vulgar que humaniza pero, al mismo tiempo, ridiculiza a estos hombres de la gran nomenklatura soviética, que empiezan a defender sus propios intereses, impulsando sus camarillas para evitar que, en este caso, Beria ostente el poder. El patetismo del personaje de Malenkov,

¹ Ficha técnica. 2017. Reino Unido. Título original: *The Death of Stalin*. Director: Armando Iannucci. Guión: Armando Iannucci, David Schneider, Ian Martin y Peter Fellows (Cómico: Fabien Nury). Música: Christopher Willis. Fotografía: Zac Nicholson. Intérpretes: Steve Buscemi, Simon Russell Beale, Jeffrey Tambor, Michael Palin y Andrea Riseborough. Duración: 106 min.

el sucesor de Stalin sobre el papel, un hombre falto de carácter e incapaz de estar a la altura de las intrigas que se tejen a su alrededor; un ambicioso Beria que se le muestra como un torturador nato, un hipócrita contumaz y un ser, en suma, sin escrúpulos, que enseguida pone en marcha a la policía secreta para controlar Moscú y, por supuesto, un Nikita Kruchev que es el único que tiene claro que en la URSS han de cambiar las cosas y acabar con la represión, las listas negras y los Gulag. Sin olvidarnos de un Zukhov, encarnado como un hombre duro y directo, que no se anda con medias tintas y con el pecho engolado lleno de medallas, que no duda en ponerse del lado de Kruchev.

Cada situación que crea el director, también guionista, y el acierto en la elección de los actores para encarnar a cada personaje, destila una mezcla de histrionismo y de acidez que desvela, por supuesto, una URSS con unos dirigentes patéticos que intentaron tomar las riendas del poder soviético como niños que se pelean en el patio del colegio. Aunque nunca sin perder de vista la terrible verdad de la represión y el temible control social del NKVD. De hecho, con sorna, los ministros de Stalin no saben, incluso, a quién llamar para que atienda a su líder porque la mayoría de los médicos reputados han sido represaliados. Y los pobres que traen para atenderlo son los que quedan, viejos, muy jóvenes o con expresión de idiotas.

También la presencia de los hijos de Stalin, como su hijo Vasili, alcohólico, y su hija, quienes quedan rehenes de la situación, completan un cuadro de personajes desconcertados por lo sucedido. Si bien, a pesar de todos los horrores, es verdad que Stalin, en su mesianismo, fue considerado un padre y su pérdida fue muy dolorosa para millones de soviéticos que fueron a rendirle pleitesía en su funeral, lo que condujo, en la triste paradoja, a que algunos acabaran muertos por las fuerzas de Beria que quiso cerrar el centro de Moscú.

Con todos estos ingredientes, entre sórdidos, crueles, irónicos y amargos, Iannucci es capaz de construir un largometraje mordaz, diligentemente audaz y fresco, que encarna muy bien la capacidad que tiene el cine de golpear con dureza las visiones idealistas y falsas de la historia, como la que Putin pretende constituir de

Stalin. No es de extrañar que el Gobierno ruso no haya visto con buenos ojos el tratamiento de una época y de un personaje que se aleja mucho de esa aureola mitificada que se ha hecho de él, como gran vencedor de la Gran Guerra Patria. Stalin, tal y como le describen sus biógrafos, fue un hombre paranoico, frío y obsesivo, nadie amasó jamás, desde los zares, tanto poder, pero acabó miserablemente, en un charco entre sus propios orines, en el suelo, como un ser humano corriente, rodeado de una Corte aterrorizada incapaz de saber qué hacer con él, sin tan siquiera comprobar si estaba vivo o muerto. Como un mal chiste, así fue la muerte del dictador y el fin de su gobierno.

***El hombre de las mil caras.* Alberto Rodríguez; España, 2016.**

Teresa Nogueroles
(Université Paris Nanterre)

*El hombre de las mil caras*² comienza con un plano secuencia de cielo azul sobre el que se suscribe la frase con letras blancas “Esta película es una ficción inspirada en personajes y hechos reales”, lo que nos pone en preaviso del juego que se crea entre ficción y realidad sin que sepamos dónde comienza una y termina la otra. Este thriller basado en un ensayo periodístico de Manuel Cerdán, nos habla a través del “caso Roldán” ocurrido realmente en la democracia de los años 90, del ex agente secreto español Francisco Paesa. A su vez, a través de este mismo y de todos los personajes que se construyen su alrededor, el film ahonda en algo mucho más importante: la corrupción en las instituciones públicas españolas.

El director Alberto Rodríguez ya demostró su maestría a la hora de retratar la realidad española dentro de la ficción en trabajos anteriores como “Grupo 7” (2012) con la Exposición Universal en Sevilla de 1992 o “la Isla mínima”

² Ficha técnica: España, 2016. Título original: El hombre de las mil caras. Director: Alberto Rodríguez. Guión: Alberto Rodríguez y Rafael Cobos. Música: Julio de la Rosa. Fotografía: Alex Catalán Producción: Zeta Cinema/ Atres Media Cine/ Atípica Films /Sacromonte. Reparto: Eduard Fernández, José Coronado, Carlos Santos, Marta Etura, Emilio Gutiérrez Caba, Luis Callejo, Tomás del Estal, Israel Elejalde, Pedro Casablanc Duración: 123 min.